

(3)
Biblioteca de Ferrocarriles.

EL RAYO DE LUNA

POR

GUSTAVO A. BECQUER.

SANTIAGO

Imprenta COLON, segunda galería Mac-Clure, No. 2

1877

EL MUNDO DE LOS DIAS PASADOS

EL MUNDO DE LOS DIAS PASADOS

GUSTAVO A. BLOCH

SANTIAGO

Imprenta Central y Editora de la Universidad de Chile, No. 2

1877

El Rayo de Luna.

Yo no sé si esto es una historia que parece cuento, o un cuento que parece historia; lo que puedo decir es que en su fondo hai una verdad, una verdad muy triste, de la que acaso yo seré uno de los últimos en aprovecharme, dadas mis condiciones de imaginacion.

Otro con esta idea tal vez hubiera hecho un tomo de filosofía lacrimosa; yo he escrito esta leyenda, que a los que nada vean en su fondo, al ménos podrá entretenerles un rato.

I.

Era noble, habia nacido entre el estruendo de las armas, i el insólito clamor de una trompa de guerra no le hubiera hecho levantar la cabeza un instante ni apartar sus ojos un punto del oscuro pergamino en qué leia la última cántiga de un trovador.

Los que quisieran encontrarle, no lo debian buscar en el anchuroso patio de su castillo, donde los palafreneros domaban los potros, los pajes enseñaban a volar a los halcones, i los soldados se entretenian los dias de reposo en afilar el hierro de su lanza contra una piedra.

—¿Donde está Manrique, dónde está vuestro señor? preguntaba algunas veces su madre.

—No sabemos, respondian sus servidores: acaso estará en el cláustro del monasterio de la Peña, sentado al borde de una tumba, prestando oído a ver si sorprende alguna palabra de la conversacion de los muertos, o en el puente, mirando correr unas tras otras las olas del rio por debajo de sus arcos; o acurrucado en la

quiebra de una roca i entretenido en contar las estrellas del cielo, en seguir una nube con la vista, o contemplar los fuegos fátuos que cruzan como exhalaciones sobre el haz de las lagunas. En cualquiera parte estará, menos en donde esté todo el mundo.

En efecto, Manrique amaba la soledad, i la amaba de tal modo, que algunas veces hubiera deseado no tener sombra, porque su sombra ne le siguiese a todas partes.

Amaba la soledad, porque en su seno, dando rienda suelta a la imaginacion, forjaba un mundo fantástico, habitado por extrañas creaciones, hijas de sus delirios i sus ensueños de poeta; porque Manrique era poeta, i tanto, que nunca le habian satisfecho las formas en que pudiera encerrar sus pensamientos, i nunca los habia encerrado al escribirlos.

Creia que entre las rojas ascuas del hogar habitaban espíritus de fuego de mil colores, que corrian como insectos de oro a lo largo de los troncos encendidos, o danzaban en una luminosa ronda de chispas en la cúspide de las llamas, i se pasaba las horas muertas sentado en un

escabel junto a la alta chimenea gótica, inmóvil i con los ojos fijos en la lumbre.

Creia que en el fondo de las ondas del rio, entre los musgos de la fuente i sobre los vapores del lago, vivian unas mujeres misteriosas, hadas, sílfides u ondinas, que exhalaban lamentos i suspiros, o cantaban i se reian en el monótono rumor del agua, rumor que oia en silencio, intentando traducirlo.

En las nubes, en el aire, en el fondo de los bosques, en las grietas de las peñas, imaginaba percibir formas o escuchar sonidos misteriosos, formas de séres sobrenaturales, palabras ininteligibles que no podia comprender.

¡Amar! Habia nacido para soñar el amor, no para sentirlo. Amaba a todas las mujeres un instante: a ésta porque era rubia, a aquella porque tenia los labios rojos, a la otra porque cimbrea al andar como un junco.

Algunas veces llegaba su delirio hasta el punto de quedarse una noche entera mirando a la luna, que flotaba en el cielo entre un vapor de plata, o a las estrellas, que temblaban a lo léjos como los cambiantes de las piedras preciosas. En aque-

llas largas noches de poético insomnio, exclamaba: Si es verdad, como prior de la Peña me ha dicho, que es posible que esos puntos de luz sean mundos; si es verdad que en ese globo de nácar que rueda sobre las nubes, habitan jentes, ¡qué mujeres tan hermosas serán las mujeres de esas rejiones luminosas, i yo no podré verlas, i no podré amarlas!... ¿Cómo será su hermosura?... ¿Cómo será su amor?...

Manrique no estaba aun lo bastante loco para que le siguiesen los muchachos, pero sí lo suficiente para hablar i jesticular a solas, que es por donde se empieza.

II.

Sobre el Duero, que pasaba lamiendo las carcomidas i oscuras piedras de las murallas de Soria, hai un puente que conduce de la ciudad al antiguo convento de los Templarios, cuyas posesiones se extendian a lo largo de la opuesta márjen del rio.

En la época a que nos referimos, los caballeros de la Orden habian ya abandonado sus históricas fortalezas; pero aun

quedaban en pié los restos de los anchos torreones de sus muros, aun se veían, como en parte se ven hoy, cubiertos de hiedra i campanillas blancas los macizos arcos de su cláustro, las prolongadas galerías ojivales de sus patios de armas, en las que suspiraba el viento con un jemido, ajitando las altas yerbas.

En los huertos i en los jardines, cuyos senderos no hollaban hacia muchos años las plantas de los religiosos, la vegetacion, abandonada a sí misma, desplegaba todas sus galas, sin temor de que la mano del hombre la mutilase, creyendo embellecerla. Las plantas trepadoras subían encaramándose por los añosos troncos de los árboles; las sombrías calles de álamos, cuyas copas se tocaban i se confundían entre sí, se habían cubierto de césped; los cardos silvestres i las ortigas brotaban en medio de los enarenados caminos, i en los trozos de fábrica próximos a desplomarse, el jaramago, flotando al viento como el penacho de una cimera, i las campanillas blancas i azules, balanceándose como en un columpio sobre sus largos i flexibles tallos, pregonaban la victoria de la destruccion i la ruina.

Era de noche; una noche de verano, templada, llena de perfumes i de rumores apacibles, i con una luna blanca i serena, en mitad de un cielo azul, luminoso i transparente.

Manrique, presa su imaginacion de un vértigo de poesía, despues de atravesar el puente, desde donde contempló un momento la negra silueta de la ciudad, que se destacaba sobre el fondo de algunas nubes blanquecinas i lijeras arrolladas en el horizonte, se internó en las desiertas ruinas de los Templarios.

La media noche tocaba a su punto. La luna, que se habia ido remontando lentamente, estaba ya en lo mas alto del cielo, cuando al entrar en una oscura alameda que conducia desde el derruido cláustro a la márjen del Duero, Manrique exhaló un grito, un grito leve, ahogado, mezcla extraña de sorpresa, de temor i de júbilo.

En el fondo de la sombría alameda habia visto agitarse una cosa blanca, que flotó un momento i desapareció en la oscuridad. La orla del traje de una mujer, de una mujer que habia cruzado el sendero i se ocultaba entre el follaje, en el mismo instante en que el loco soñador de

quimeras o imposibles penetraba en los jardines.

¡Una mujer desconocida!... ¡En este sitio! ¡A estas horas! Esa, esa es la mujer que yo busco, exclamó Manrique; i se lanzó en su seguimiento, rápido como una saeta.

III.

Llegó al punto en que habia visto perderse entre la espesura de las ramas a la mujer misteriosa. Habia desaparecido. ¿Por dónde? Allá léjos, mui léjos creyó divisar por entre los cruzados troncos de los árboles como una claridad o una forma blanca que se movia.—¡Es ella, es ella, que lleva alas en los piés i huye como una sombra!—dijo, i se precipitó en su busca separando con las manos las redes de hiedra que se estendian como un tapiz, de unos en otros álamos. Llegó rompiendo por entre las malezas i las plantas parásitas hasta una especie de rellano que iluminaba la claridad del cielo... ¡nadie!—¡Ah! por aquí, por aquí va;—exclamó entonces.—Oigo sus pisadas sobre las hojas secas, i el crujido de su traje, que arrastra por el suelo i roza en los rous-

tos;—i corria, i corria como un loco de aquí para allá, i no la veia.—Pero siguen sonando sus pisadas,—murmuró otra vez; —creo que ha hablado; no hai duda, ha hablado... El viento que suspira entre las ramas; las hojas, que parece que rezan en voz baja, me han impedido oír lo que ha dicho; pero no hai duda, va por ahí, ha hablado... ha hablado... ¿En que idioma? No sé, pero es una lengua extranjera... Y tornó a correr en su seguimiento, unas veces creyendo verla, otras pensando oírla; ya notando que las ramas por entre las cuales habia desaparecido se movian; ya imaginando distinguir en la arena la huella de sus breves piés; luego, firmemente persuadido de que un perfume especial que aspiraba a interválos era un aroma perteneciente a aquella mujer que se burlaba de él, complaciéndose en huirle por entre aquellas intrincadas malezas. ¡Afan inútil!

Vagó algunas horas de un lado a otro fuera de sí, ya parándose para escuchar, ya deslizándose con las mayores precauciones sobre la yerba, ya en una carrera frenética i desesperada.

Avanzando, avanzando por entre los

inmensos jardines que bordaban la margen del río, llegó al fin al pie de las rocas sobre que se eleva la ermita de San Saturio.

— Talvez, desde esta altura podré orientarme para seguir mis pesquisas a través de ese confuso laberinto, exclamó trepando de peña en peña con la ayuda de su daga.

Llegó a la cima, desde la que se descubre la ciudad en lontananza i una gran parte del Duero que se retuerce a sus piés, arrastrando una corriente impetuosa i oscura por entre las curvas márgenes que lo encarcelan.

Manrique, una vez en lo alto de las rocas, tendió la vista a su alrededor; pero al tenderla i fijarla, al cabo, en un punto, no pudo contener una blasfemia.

La luz de la luna rielaba chispeando en la estela que dejaba en pos de sí una barca que se dirigia a todo remo a la orilla opuesta.

En aquella barca habia creído distinguir una forma blanca i esbelta, una mujer, sin duda, la mujer que habia visto en los Templarios, la mujer de sus sueños, la realizacion de sus mas locas esperan-

zas. Se descolgó de las peñas con la ajilidad de un gamo, arrojó al suelo la gorra, cuya redonda i larga pluma podia embazararle para correr, i desnudándose del ancho capotillo de terciopelo, partió como una exhalacion hácia el puente.

Pensaba atravesarlo i llegar a la ciudad ántes que la barca tocase en la otra orilla. ¡Locura! Cuando Manrique llegó jadeante i cubierto de sudor a la entrada, ya los que habian atravesado el Duero por la parte de San Saturio entraban en Soria por una de las puertas del muro, que en aquel tiempo llegaba hasta la márjen del rio, en cuyas aguas se retrataban sus pardas almenas.

IV.

Aunque desvanecida su esperanza de alcanzar a los que habian entrado por el postigo de San Saturio, no por eso nuestro héroe perdió la de saber la casa que en la ciudad podia albergarlos. Fija en su mente esta idea, penetró en la poblacion, i dirijiéndose hácia el barrio de San Juan, comenzó a vagar por sus calles a la ventura.

Las calles de Soria eran entónces, i lo son todavía, estrechas, oscuras i tortuosas. Un silencio profundo reinaba en ellas, silencio que solo interrumpian, ora el lejano ladrido de un perro, ora el rumor de una puerta al cerrarse, ora el relincho de un corcel que piafando hacía sonar la cadena que le sujetaba al pesebre en las subterráneas caballerizas.

Manrique, con el oído atento a estos rumores de la noche, que unas veces le parecían los pasos de alguna persona que había doblado ya la última esquina de un callejón desierto, otras, voces confusas de jentes que hablaban a sus espaldas, i que a cada momento esperaba ver a su lado, anduvo algunas horas corriendo al azar de un sitio a otro.

Por último, se detuvo al pié de un caseron de piedra, oscuro i antiquísimo, i al detenerse brillaron sus ojos con una indescriptible espresion de alegría. En una de las altas ventanas ojivales de aquel que pudiéramos llamar palacio, se veía un rayo de luz templada i suave, que pasando a través de unas ligeras colgaduras de seda color de rosa, se reflejaba en el negruzco i grietado paredón de la casa de enfrente.

—No cabe duda; aquí vive mi desconocida, murmuró el jóven en voz baja, i sin apartar un punto sus ojos de la ventana gótica; aquí vive. Ella entró por el postigo de San Saturio..... por el postigo de San Saturio se viene à este barrio..... en este barrio hai una casa, donde pasada la media noche aun hai jente en vela.... ¿en vela? ¿Quién sino ella, que vuelve de sus nocturnas escursiones, puede estarlo a estas horas?..... No hai mas; esta es su casa.

En esta firme persuasion, i revolviendo en su cabeza las mas locas i fantásticas imajinaciones, esperó el alba frente a la ventana gótica, de la que en toda la noche no faltó la luz, ni él separó la vista un momento. WILLIAM

Cuando llegó el dia, las macizas puertas del arco que daba entrada al caseron, i sobre cuya clave se veian esculpidos los blasones de su dueño, jiraron pesadamente sobre los goznes, con un chirrido prolongado i agudo. Un escudero apareció en el dintel con un manojo de llaves en la mano, restregándose los ojos, i enseñando al bostezar una caja de dientes, capaces de dar envidia a un cocodrilo. 

Verle Manrique i lanzarse a la puerta, todo fué obra de un instante.

—¿Quién habita en esta casa? ¿Cómo se llama ella? ¿De dónde es? ¿A qué ha venido a Soria? ¿Tiene esposo? Responde, responde, animal. Esta fué la salutacion que sacudiéndole el brazo violentamente, dirigió al pobre escudero, el cual, despues de mirarle un buen espacio de tiempo, con ojos espantados i estúpidos, le contestó con voz entrecortada por la sorpresa:

—En esta casa vive el mui honrado señor don Alonso de Valdecuellos, montero mayor de nuestro señor el rei, que herido en la guerra contra moros, se encuentra en esta ciudad reponiéndose de sus fatigas.

—Pero ¿i su hija? interrumpió el jóven impaciente; ¿i su hija, o su hermana, o su esposa, o lo que sea?

—No tiene ninguna mujer consigo.

—¿No tiene ninguna!... ¿Pues quién duerme allí en aquel aposento, donde toda la noche he visto arder una luz?

—¿Allí? Allí duerme mi señor don Alonso, que como se halla enfermo, mantiene encendida su lámpara hasta que amanece.

Un rayo, cayendo de improvisto a sus piés, no le hubiera causado mas asombro que el que le causaron estas palabras.

V.

—Yo la he de encontrar, la he de encontrar; i si la encuentro, estoi casi seguro de que he de conocerla... ¿En qué?... Eso es lo que no podré decir... pero he de conocerla. El eco de su pisada o una sola palabra suya que vuelva a oír; un extremo de su traje, un solo extremo que vuelva a ver, me bastarán para conseguirlo. Noche i dia estoi mirando flotar delante de mis ojos aquellos pliegues de una tela diáfana i blanquísima; noche i dia me están sonando aquí dentro, dentro de la cabeza, el crujido de su traje, el confuso rumor de sus ininteligibles palabras... ¿Qué dijo?... ¿qué dijo?... ¡Ah! si yo pudiera saber lo que dijo, acaso... pero aun sin saberlo la encontraré... la encontraré; me lo da el corazon, i mi corazon no me engaña nunca. Verdad es que ya he recorrido inútilmente todas las calles de Soria; que he pasado noches i noches al sereno, hecho poste de una esqui-

na; que he gastado mas de veinte doblas de oro en hacer charlar a dueñas i escuderos; que he dado agua bendita en San Nicolas a una vieja, arrebuja da con tal arte en su manto de anascote, que se me figuró una deidad; i al salir de la Colejiata una noche de maitines, he seguido como un tonto la litera del Arcediano, creyendo que el extremo de sus hopalandas era el del traje de mi desconocida; pero no importa... yo la he de encontrar, i la gloria de poseerla excederá seguramente al trabajo de buscarla.

¿Cómo serán sus ojos?..... Deben ser azules, azules i húmedos como el cielo de la noche; me gustan tanto los ojos de ese color; son tan espresivos, tan melancólicos, tan..... Sí..... no hai duda; azules deben ser, azules son, seguramente; i sus cabellos negros, mui negros, i largos para que floten... me parece que los ví flotar aquella noche, al par que su traje, i eran negros... no me engaño, nó: eran negros.

¡I qué bien sientan unos ojos azules, mui rasgados i adormecidos, i una cabellera suelta, flotante i oscura, a una mujer alta..... porque..... ella es alta, alta i esbelta, como esos ánjeles de las porta-

das de nuestras basílicas, cuyos ovalados rostros envuelven en un misterioso crepúsculo las sombras de sus doseles de granito!

¡Su voz!..... su voz la he oído..... su voz es suave como el rumor del viento en las hojas de los álamos, i su andar acompasado i majestuoso como las cadencias de una música.

I esa mujer, que es hermosa como el mas hermoso de mis sueños de adolescente, que piensa como yo pienso, que gusta como yo gusto, que odia lo que yo odio, que es un espíritu hermano de mi espíritu, que es el complemento de mi sér, ¿no se ha de sentir conmovida al encontrarme? ¿No me ha de amar como yo la amaré, como la amo ya, con todas las fuerzas de mi vida, con todas las facultades de mi alma?

Vamos, vamos al sitio donde la ví la primera i única vez que la he visto..... ¿Quién sabe si, caprichosa como yo, amiga de la soledad i el misterio, como todas las almas soñadoras, se complace en vagar por entre las ruinas, en el silencio de la noche?

Dos meses habian trascurrido desde

que el escudero de don Alonso de Valde-
cuellos desengañó al iluso Manrique; dos
meses, durante los cuales en cada hora
habia formado un castillo en el aire, que
la realidad desvanecía con un soplo, dos
meses, durante los cuales habia buscado
en vano a aquella mujer desconocida, cu-
yo absurdo amor iba creciendo en su alma,
merced a sus aun mas absurdas imagina-
ciones, cuando despues de atravesar ab-
sorto en estas ideas el puente que condu-
ce a los Templarios, el enamorado jóven
se perdió entre las intrincadas sendas de
sus jardines.

VI.

La noche estaba serena i hermosa, la
luna brillaba en toda su plenitud en lo
mas alto del cielo, i el viento suspiraba
con un rumor dulcísimo entre las hojas
de los árboles.

Manrique llegó al claustro, tendió la
vista por su recinto, i miró a través de
las macizas columnas de sus arcadas....
Estaba desierto.

Salió de él, encaminó sus pasos hácia
la oscura alameda que conduce al Duero,

i aun no habia penetrado en ella, cuando de sus labios se escapó un grito de júbilo.

Habia visto flotar un instante i desaparecer el extremo del traje blanco, del traje blanco de la mujer de sus sueños, de la mujer que ya amaba como un loco.

Corre, corre en su busca, llega al sitio en que la ha visto desaparecer; pero al llegar se detiene, fija los espantados ojos en el suelo, permanece un rato inmóvil; un ligero temblor nervioso ajita sus miembros, un temblor que va creciendo, que va creciendo, i ofrece los síntomas de una verdadera convulsion, i prorrumpe al fin en una carcajada, en una carcajada sonora, estridente, horrible.

Aquella cosa blanca, lijera, flotante, habia vuelto a brillar ante sus ojos; pero habia brillado a sus piés un instante, no mas que un instante.

Era un rayo de luna, un rayo de luna que penetraba a intervalos por entre la verde bóveda de los árboles cuando el viento movia sus ramas.

VII

Habian pasado algunos años. Manrique, sentado en un sitio junto a la alta chimenea gótica de su castillo, inmóvil casi i con una mirada vaga e inquieta como la de un idiota, apénas prestaba atencion ni a las caricias de su madre, ni a los consuelos de sus servidores.

— Tú eres jóven, tú eres hermoso, le decia aquélla; ¿por qué te consumes en la soledad? ¿Por qué no buscas una mujer a quien ames, i que amándote pueda hacerte feliz?

— ¡El amor!... El amor es un rayo de luna, murmuraba el jóven.

— ¿Por qué no os despertais de ese letargo, le decia uno de sus escuderos; os vestís de hierro de piés a cabeza, mandais desplegar al aire vuestro pendon de ricohombre, i marchamos a la guerra? en la guerra se encuentra la gloria.

— ¡La gloria!... La gloria es un rayo de luna.

— ¿Quereis que os diga una cántiga, la última que ha compuesto mosen Arnaldo, el trovador provenzal?

—¡Nó! ¡nó! exclamó el jóven incorpo-
rándose colérico en su sitio; no quiero
nada... es decir, sí quiero... quiero que
me dejeis solo... Cántigas... mujeres...
glorias... felicidad, mentiras todo, fantas-
mas vanos que formamos en nuestra imaji-
nacion i vestimos a nuestro antojo, i los
amamos i corremos tras ellos, ¿para qué?
para encontrar un rayo de luna.

Manrique estaba loco; por lo ménos,
todo el mundo lo creía así. A mí por el
contrario, se me figura que lo que habia
hecho era recuperar el juicio.

FIN.

